

EL BALUARTE

Sr. D. Aurea

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



NUMEROTECA MUNICIPAL MADRID

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 181

Sevilla—Viernes 9 de Agosto de 1901

AÑO XXV

Política y religión

Como en nuestro país hay tantas anomalías y se observan tan extraños contrastes, á nadie sorprende lo que entre la religión y la política ocurre.

Se titulan los carlistas defensores de la fé y enemigos acérrimos del régimen imperante, lo cual no es un obstáculo para que alfonsinos y carlistas marchen agarrados del brazo y prot jan juntamente la religión y los desmanes que á su sombra cometen el alto clero y esas religiones particulares que dentro de la iglesia católica tienen su regla especial.

Se trata de proteger una asociación religiosa, cualquiera que ella sea, y siempre va el procer alfonsino al lado del magnate hojalatero carlista, el banquero burgués á quien enriqueció la restauración con el titulado general de la hueste del Pretendiente.

Carlistas y alfonsinos son esos señores que forman en fraternal armonía esas llamadas juntas protectoras, que son otros tantos centros de propaganda nea.

La moda puede mucho, y los jesuitas han conseguido hacer elegante y de buen gusto ser protectora ó presidenta, ó individuo de tal ó cual junta, á esa clase que no discurre, que es superficial en todo, y que de lo único que entien-

de es de la combinación de colores, adornos y joyas, ya para concurrir á los pasos, espectáculos públicos, salones palatinos, ya para asistir á tal ó cual ceremonia religiosa, ya para recibir en su casa al buen padre, ya para visitar al prelado, en lo que no tiene recato, aunque es hombre sólo, y en su palacio no hay señora que represente la casa; ya para sus visitas á los pobres, donde ofician de severas católicas, de virtuosas sin tasa, de ángeles de caridad, aunque la caridad sea una vergüenza para el pobre que la recibe. Pero, en fin, el objeto es que la farsa religiosa triunfe.

En esta alianza de todos los intereses reaccionarios, en esta comunidad religiosa de aparentes enemigos políticos, está el toque de todos los convencionalismos y la razón de los eternos obstáculos para todo lo bueno y para todas las conveniencias del país.

Tenemos un gran respeto á las ideas ajenas, por lo mismo que tenemos fé racional en las propias. Por eso no queremos decir que la República es incompatible con el catolicismo, ni que para ser republicano precisa ser anticatólico. Esto es cuestión de conciencia, y el que crea en la compatibilidad, dejarle que se las haya allá con su conciencia; pero sí debemos exigir á todos los republicanos y á todos los demócratas que, frente á esa alianza fomentadora del clericalismo, se estrechen las filas del ejército del progreso, para combatir por igual á toda comunión religiosa que coarte el pensamiento, que atente á la razón, que cohiba los progresos de la ciencia y que trate de una manera pública y ostensible de hacer alard de su Dios particular practicaod su culto, de modo que pueda herir los sentimientos de los que conculgen en cualquiera otra idea religiosa que no sea la suya; que se imagine en el Estado y que trate de conservar un poder enfrente de la potestad civil.

Suprimido el poder temporal de los papas, resulta anacrónico que haya obispos con jurisdicción, párrocos con derechos y consideración de autoridades.

Instituciones monásticas con reglas especiales que siempre pugnan con la Constitución y con las leyes porque la nación se rige.

Por eso todo republicano que se siente católico, séalo en buen hora, con tal que antes que católico, sea español, sea ciudadano y sea republicano con perfecta conciencia, con verdadero conocimiento de lo que esto es y significa; con tal que proclame la absoluta emancipación del Estado, sin que otra potestad que no sea la potestad civil ejercida por el poder público, resultado de la soberanía nacional y del voto de los ciudadanos, tengan la más ligera intervención en los asuntos nacionales, ni que haya muchos católicos ni que haya pocos.

Cuando el jefe de la religión católica no tiene nada que hacer en la vida civil de los pue-

blos, en España existe y funciona el Tribunal de la Rota, que conoce de las causas de divorcio después y en grado superior al de la vicaría, no obstante estar consagrado el matrimonio civil en nuestro Código. Cuando en España existen las leyes del registro civil, todavía los párrocos son dueños de los cementerios, y privan de sepultura á quien les viene en ganas, con pretexto de heregía y otros muchos casos análogos que son una vergüenza para la potestad civil que existe todavía.

Por eso van juntos carlistas y alfonsinos, para sumar fuerzas y conservar en la vida política y social de España esa sombra negra de reacción que se enseorea de todas nuestras clases menos cultas, auxiliadas por políticos sin conciencia.

La política monárquica en todos sus matices va agarrada de la mano de la religión contra la democracia y contra la República, y este es el secreto de esa alianza de enemigos irreconciliables. Lo esencial es combatirnos á nosotros. Por eso nosotros nos debemos unir contra ellos y hacer una política nueva, esencialmente civil y antirreligiosa.

A. A.

Nota del día

Los ángeles de blancas tocas, esos serafines con enaguas que patean todos los suelos de los hospitales españoles barriendo hacia fuera hasta las escurriduras, han sido arrojadas por el Ayuntamiento de la Coruña, en plena sesión, del Hospital general que aquel municipio de España costea.

Selas acusa de interesadas, de avaras, de malos sentimientos, de gente estulta y mercenaria, que no las aguijonea otra cosa que el acaparamiento de riquezas, no para ostentarlas, con fines lícitos, en fiestas místicas ó profanas, sino para entregarlas torpemente á la Orden á que pertenecen.

Las Ordenes en que dicen figurar estos querubines de manos largas y corazón pequeño, para ellas, las más de las veces, son desconocidas.... El reclutamiento de estos ángeles benditos se hace siempre entre la gente baja, necesitada de apoyo, holgazana de sangre, inculta y desafiada á toda clase de sentimientos: no las estimula sino la gula, no las arrastra sino el fanatismo, no las conmueve sino el recuerdo de su abandono, de su escasez, de su vida infantil pasada entre breñas ó consumida en las infectas cuerdas de los Hospicios, oyendo la queja amarga de la compañerita que besaba á su pobre madre, que la tenía allí por no poder mantenerla.... ó la amenaza insinuante de la beata que la servía de guardián.

Son seres híbridos, plantas exóticas que no echan raíces en ninguna tierra, porque no las ha regado nunca el agua del amor.... No han gozado, ni han padecido: su vida es una eterna penumbra, sin luz ni sombra; en ellas todo es gris.

Si no fueran mujeres capaces de ser madres, sería de justicia hacer con ellas una leva y transportarlas allá á los confines de la Europa culta, como manjar apetitoso para los caníbales.

Su carne debe ser dura, como lo es su corazón.

Cuando esta clase de ángeles están regidos por una mujer pecadora, que las llama á la vida y las instruye en las eternas penalidades.... el servicio que ellas prestan es de inapreciable valor. ¡Seamos justos!

Tienen entonces la varonil entereza de la mula, que sólo nació para el trabajo.

Pero.... cuando las manda una capitana de la Orden, una de esas yeguas paridoras de la remonta monacal, los ángeles se vuelven fieras, las mujeres son beatas.

Hay que hacer con ellas lo que ha hecho el Ayuntamiento de la Coruña: echarlas á escobazos!..

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Hoy han salido los periódicos advirtiéndonos que es aniversario de la muerte del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los colegas de gran circulación lo advierten al público para que los conservadores de la localidad se enteren y pongan hoy la cara triste, como es de reglamento.

Con el tiempo se enfrían todos los entusiasmos.

Ya no hay un conservador que costee un mal funeral á beneficio de D. Antonio.

También es verdad que D. Antonio no puede ya otorgar favores, y como en la política todo se cotiza, bien puede arder en los profundos infiernos en la seguridad de que aquí harán nada por él.

Con motivo del aniversario susodicho han salido á luz las frases reglamentarias: «Era un gran hombre». «Un talento superior.» Etcétera, etcétera.

La pandilla conservadora sevillana ni siquiera ha tenido en cuenta lo luctuoso de la fecha que se conmemora.... ¡Como el jefe no les ha ordenado que se entristezcan, los chicos siguen tan cariparejos, como si nada hubiera pasado!..

Anoche parece que se habló en el Casino del partido de que era necesario condolerse oficialmente, mandándole á la viuda de D. Antonio un telegrama de pesar, y su redacción quedó encargada al concejal *Pepitilla*, que es el más elocuente, según *El Noticiero*.

Dicho señor, en un periquete, redactó el siguiente:

«Viuda Cánovas, Joaquina Osma—Madrid. El partido conservador sevillano todo entero (un break) se asocia á la justa alegría que experimentará en el día de hoy.»

Cuando lo leyó, parece que alguien hubo de llamarle la atención sobre el contenido del telegrama, y éste sufrió la reforma consiguiente.

«Como va á estar alegre dicha señora, aunque la hayan hecho condesa y la hayan dado una rica pensión á cuenta de la muerte!..»

«¡Estos *Pepitillas* todo lo regulan por el interés que producen!..»

Los cautivos españoles los moros no los entregan, y se va poniendo feo y de manera violenta eso de que los moritos menos que en nada nos tengan. No mandaremos escuadra porque ahora están imponiéndola, pero puede subsanarse.... Para exponer nuestras quejas mandamos un dique á Tanger, y que las kábilas sepan que, si no tenemos barcos para hacerles cruda guerra, tenemos chismes artísticos que estorban donde se llevan.

El Ayuntamiento de la Coruña ha acordado expulsar á todas las hermanas de la Caridad que mangonean caritativamente en el Hospital de aquella población.

Los gallegos son unas personas decentes que comienzan á tirar cañonazos sobre la fortaleza vaticanista, sin temor á rey ni roque.

El telegrama en que se da noticia tan halagadora y significativa, dice:

«El numeroso público que presenciaba la sesión aplaudió el acuerdo.

Muchas señoras se han ofrecido para desempeñar el oficio de enfermeras hasta que se provean estas plazas.

El acuerdo ha sido consecuencia de las comunicaciones vivísimas cambiadas con motivo de quejarse el ayuntamiento de ciertas irregularidades y faltas cometidas en los servicios encomendados á las hermanas.

El alcalde participará mañana al Real Noviciado de Madrid el acuerdo de expulsión de las beatas para que las sustituyan las alumnas del Instituto terapéutico de Monelda, que dirige el doctor Rubio.»

¡Vaya usted á figurarse que los vientos regeneradores iban á soplar por la Coruña! Póngase en parangón el Ayuntamiento de aquella ciudad con el de nuestra.

Poco menos que á uñas de caballo tuvimos que andar aquí para que nuestra excelentísima corporación municipal no se quedara sin el Convento llamado de Capuchinos, en donde tienen puesto un clavo los frailes del mismo nombre, aguardando una ocasión propicia para quedarse con él.

Afortunadamente—y burlando las nefandas influencias de senadores y personajes políticos sevillanos, que apoyaban traidoramente las pretensiones frailunas—se llegó á tiempo, y la pretensión fué denegada.

El Ayuntamiento de la Coruña, para evitar

la vergonzosa explotación que, á nombre de la caridad, ejercen esas hermanas sin hermanos, y esas madres sin hijos, las arroja de su hospital y á él lleva mujeres que no están sometidas á otras reglas que á aquellas que le marcan sus sentimientos humanitarios y su afán de ser útil, ganando con su trabajo el pan de sus hijos.

El Ayuntamiento de Sevilla, en cambio, protege á los padres Escolapios con una crecida subvención, so capa de que estos señores dan educación á unos cuantos niños pobres del barrio en que radican; educación que no dan, porque es público y notorio que los niños pobres son allí los servidores de los niños ricos; educación, además, que el Ayuntamiento de Sevilla debe proporcionarla en sus escuelas, que para eso las paga: que funde, no una, sino veinte escuelas más si hacen faltas, que sí se necesitan.

El Ayuntamiento de Sevilla subvenciona á los padres Salesianos, explotadores de todas las industrias sin pagar contribución; es decir, que el Ayuntamiento, padre obligado de la industria de esta capital, porque de ella recibe apoyo y rendimientos, protege á aquellos que vienen á hacerlas cruda guerra, porque viven exentos de toda clase de gabelas y con el apoyo de las influencias de las clases adineradas. Por explotar las industrias en todos sus órdenes, estos señores se han metido, últimamente, á taberneros, y venden vinos de Jerez de D. Bosco, del Corazón de Jesús y de la Pata de San Tancredo, matando á los infelices corredores del caldo jerezano, que pagan su contribución correspondiente.

Hay en Sevilla escuelas municipales de niñas que no tienen menaje alguno, en tanto la Corporación popular subvenciona esas madrigueras de zorras que dicen educar niñas en la Doctrina Cristiana, y sólo educan niñas ignorantes y fanáticas, á las que catequizar para que abandonen su familia y su hogar é ingresen en esas cuerdas de mujeres zafas, estériles para toda obra buena y polilla social que nos enviece.

¡Gran diferencia hay entre el Ayuntamiento gallego y el Ayuntamiento andaluz!

Y se comprende. En la Coruña, los gallegos van á votar, y sacan triunfantes en los comicios á hombres viriles, amantes de la ciudad que les vió nacer, sin tener en cuenta que sean monárquicos, ó republicanos, ó socialistas.

En Sevilla.... los andaluces se van, digo, nos vamos, á la Venta de Eritaña á preguntarle á Manolito si huele mucho la peste del Tagarete, en tanto los *Pepitillas* y demás azotacalles toman por asalto los puestos que debieran ocupar personas independientes y resueltas, capaces de romper con todos los convencionalismos de esta sociedad indiferente, que, sin ser mala, porque no lo es, soporta y consiente los mayores escándalos y las arbitrariedades más nefandas.

Dice *La Correspondencia* que es lástima que este verano los eximios personajes estén mudos y callados, y no amenicen el tiempo á la prensa relatando lo que sienten, lo que piensan, y lo que tienen callado.... Culpe usted á los periodistas que están mano sobre mano. ¿No quieren abrir la boca? Se les abre con un gancho. En la semana que viene voy yo á empezar un relato, y á celebrar interview con todos los sevillanos que en política figuran en este ó el otro bando. ¿Y á que sin verlos ni hablarles, lo que piensan lo traslado á las cuartillas?... Lo veréis. ¡Pues ya se ve que lo hago!

Comunican desde Madrid:

«Después de largas averiguaciones, ha sido hallado en una casa de préstamos de la calle de la Montera el magnífico alfiler de corbata, de oro y brillantes, que regaló á Cánovas del Castillo el rey Alfonso XII y que se había valorado en 3.500 duros.

La alhaja la regaló la viuda del exjefe de Gobierno á D. Emilio Cánovas, á quien se la robaron hace mucho tiempo.»

¡Coincidencia singular, que deberá figurar en nuestras efemérides!

«En este mismo día, y á los cuatro años de la muerte de hombre tan ilustre, fué recuperada una alhaja suya, valorada en 3.500 duros, y que había ido á parar, dando vueltas y no se sabe cómo, á una Casa de préstamos.»

CARRASQUILLA.

El Alcantarillado

Extraño habrá parecido nuestro silencio acerca del Alcantarillado de Sevilla, que tanto ha dado que hablar y que escribir en estos últimos tiempos, desde la Cámara al Casino, y desde los ministerios á los periódicos de más ó menos circulación; y, sin embargo, nosotros nada hemos querido publicar acerca de tan importante asunto hasta tanto no poderlo hacer con verdadero conocimiento de causa, y alejados en absoluto de todo prejuicio; pues hemos entendido que un asunto de tan vital interés, y de tanta trascendencia para Sevilla, no podía ni debía ser tratado con ligereza, sino con mesura y procurando que la información que hubiera de hacerse tuviera por objeto el ilustrar la opinión en vez de contribuir á extraviarla.

En principio, y sin tener para nada en cuenta los beneficios que á la salud pública habían de reportar las obras de saneamiento, hemos de declarar que nos fué altamente simpática la Compañía por ser exclusivamente sevillana, es decir, por representar una faz enteramente nueva en la vida de esta población, y significar que los sevillanos se disponían á cooperar á la regeneración tan deseada, movilizándose sus capitales y asociándose con fines industriales, en los que, si pueden encontrar un beneficio pecuniario real, no es éste tan grande como el que producen á la sociedad misma estas iniciativas.

¿Y cómo no simpatizar desde luego con tan patriótica gestión? Eatorpecer ó procurar dilaciones á un proyecto que tantos beneficios ha de reportar de momento, que tantos males está llamada á hacer desaparecer, y que, sobre todo, significa el plausible deseo de emprender la vía de la regeneración que no ha de conseguirse sino á costa de inteligencia y trabajo, parecían sencillamente una labor suicida; ítem más, cuando del buen resultado de este primer ensayo industrial de los capitales sevillanos han de surgir nuevos proyectos que, como el actual, serán fuente de riqueza para la población.

Hay en este asunto un punto capital que no debemos perder de vista, y que por sí solo nos obliga á mirarlo con verdadero cariño; y es que precisamente el saneamiento que las obras pretenden realizar ha de beneficiar, en primer término, á la clase más numerosa, al par que más necesitada de mejoras, ó sea á la clase obrera, cuyas insalubres habitaciones dejarán de ser causa de enfermedades y de muerte, y en ellas encontrará el obrero las fuentes de su salud y de sus energías, agotadas hoy por respirar el aire infecto de sus mal aireadas, húmedas y estrechas viviendas; siendo así que, por estar sometido á una alimentación insuficiente, tiene una mayor necesidad, por no decir un sagrado derecho, á compartir con los mimados por la fortuna el alimento universal, ó sea el oxígeno, de que hoy carece en los locales que á tan alto precio alquila para encontrar en ellos la enfermedad ó la muerte, en vez de procurarse reposición á sus agotadas fuerzas. ¿Y pensar que estas ventajas, que este cambio tan radical se ha de obtener sólo mediante un ligero sacrificio por parte de las clases acomodadas! Si éstas discurriesen más y mejor, comprenderían que procurar salud al obrero, que disminuir la cifra de su mortalidad, es, en último término, aumentar el valor de sus propiedades, que en buen principio económico se encarece el artículo cuando aumenta la demanda.

Por otra parte, y prescindiendo de las ventajas que bajo el punto de vista de la higiene y del bienestar social puedan reportar estas obras, hay una cuestión previa que nos obliga á mirarlas con verdadero cariño; y es pensar en que representan un gasto, y, por lo tanto, un ingreso para las clases trabajadoras de más de seis millones de pesetas, lo que significa el trabajo de mil quinientos á dos mil obreros por un largo período de tiempo, y la consiguiente subida de los jornales, toda vez que han de faltar brazos desde el punto y hora en que estas obras tomen el incremento que están llamadas á tener; y por último, dejamos al buen criterio de nuestros lectores la resolución del problema siguiente:

¿Qué vale más? ¿que los capitales sevillanos se movilicen y vengán á aportar su fuerza en el movimiento industrial de la nación, ó que continúen como hasta aquí, huyendo del trabajo, llenando las cajas de los Bancos, facilitando negocios más ó menos limpios á los gobiernos, para venir á invertirse á la postre en la erección de un convento ó en la creación de una sociedad más ó menos concordada mediante una disposición testamentaria?

CRONICA

PATRIOTISMO ACOMODATICO

La actividad y las iniciativas de los ingleses da vida á las poblaciones que tienen comunicación fácil y directa con Gibraltar. Desde Ronda por un lado, y desde Véger por el otro, todos los pueblos comprendidos en ese triángulo perciben los beneficios que les proporciona el Peñón. De Algeciras y La Línea, no hablemos; y, sin embargo, se odia cordialmente á cuanto huele á inglés. El patriotismo antes que nada; ¡siempre el patriotismo!

Con sacrosanta indignación se comentan las noticias que la prensa publica sobre la probabilidad de que pase al dominio de Inglaterra toda la bahía que domina Gibraltar.

Aquí se odia al inglés, pero se ama á su bolsa. Las libras y hasta los peniques conmueven más, muchísimo más, que ese sublime patriotismo que cantó el poeta en las sonoras décimas de «Oigo, Patria, tu afición.»

y que, después, y en ocasión menos solemne, se conmovió con el *chin-chin* de la marcha de *Cádiz*.

Se odia al inglés, pero se vive de su dinero. Próximamente 5,000 obreros españoles, avocados en los pueblos limítrofes, trabajan en los soberbios diques que se construyen en Gibraltar para dar á la plaza mayores seguridades guerreras, y proporcionar comodidad y abrigo en caso de *apuro* á las armadas británicas, percibiendo un jornal mínimo de cuatro pesetas diarias; millares de familias viven del contrabando de telas, tabaco y especies alimenticias, y muchas ganan el sustento llevando á la población inglesa frutas y otros productos de la tierra, que expenden á buen precio.

Sin Gibraltar en posesión de la Gran Bretaña, y con un puerto franco, la riqueza de estas poblaciones sería nula, puesto que la agricultura es muy poca, por ser los terrenos en su mayor parte baldíos, y el comercio no puede ser más escaso.

Sin Gibraltar estarían por tierra, aisladas del resto de España, porque la línea férrea que hoy las pone en comunicación—aunque tal línea férrea sea todo lo antipatriótica que se quiera—también se debe al oro inglés, que ha dado vida á no pocos pueblos de la serranía, cuyas producciones (maderas y piedras principalmente) no tenían medios de ser transportadas; sin Gibraltar, en suma, serían poblados de escasa importancia, que vivirían de la pesca y del limitado comercio que con Marruecos se puede hacer.

Y, sin embargo, ¡oh poder de las anomalías! aquí, en los mismos pueblos beneficiados, es donde se anhela con mayor vehemencia que la pérdida (!) Albió abandone de grado ó por fuerza la presa española que tiene en su poder hace siglos.

Y no es que nosotros, que vivimos más alejados de esta vecindad que los británicos, juzguemos que debe continuar Gibraltar en posesión de Inglaterra *per secula seculorum*; es sencillamente que nos causa extrañeza ese odio á una causa, por los únicos que se benefician de ella.

Por eso llamamos á ese patriotismo patriotismo acomodaticio.

¿Y qué cosas más raras ve aqué!... Lo que era hace pocos años un pedazo de terreno inculto, que se alzaba sobre un playazo erizado de peñascos, se ha convertido hoy en hermoso hotel, provisto de todos los adelantos del lujo y el confort.

Es un amplio edificio de estilo arquitectónico semejante al que se admira en los *chalets* alemanes ó escoceses, con amplios cenadores que dan al mar y que sostienen arosas columnatas. Un hotel, en fin, para los capitalistas del Norte que en los inviernos pasan temporadas en poblaciones de climas cálidos.

El edificio, que ha construido una sociedad inglesa, y que, como en un principio decimos, se alza sobre un montículo que se eleva junto á la playa llamada del *Chorruelo*, lo circundan terraplenes plantados de geraneos y otras flores, que dan aspecto pintoresco á aquel lugar.

Pues bien; los patrioteritos ven en ese hotel, no lo que en realidad es, un negocio que explotará el positivismo inglés; ven una posición estratégica que les servirá á los británicos, en caso de guerra, de baluarte ofensivo y defensivo. Y esa opinión ha llegado hasta el Gobierno, y hecho que el Duque de Almodóvar del Ríto se ocupe de tan importante asunto, y que la prensa de gran circulación lo comente á su sabor.

¿Quién se lucra—precisa preguntar—de esas innovaciones y mejoras que el inglés realiza con su dinero en tierras de España? ¿A quién beneficia la construcción de edificaciones modernas, la urbanización de lugares por los que apenas se podía dar un paseo hace media docena de años, y el establecimiento de fáciles y cómodas vías de comunicación? Obtendrán buenas primas los capitalistas que lleven á esos negocios su dinero; pero ¿por qué no acomete esas empresas el dinero español?

¿Acometer empresas que no se base en la usura! ¿Quién piensa en eso?

Antes dejaría este pueblo de ser quien es; habría que cambiarle por completo su carácter, su amor á la tradición y su patriotismo.... acomodaticio.

Gibraltar, Agosto, 1901.

X.

Porqué morimos

El espíritu, dice Ernesto Renan, sopla donde quiere, y el espíritu es libertad.

¿Sopla el espíritu en España, apesar de las instituciones liberales que nos rigen? Libertad de cultos, libertad del trabajo, libertad de conciencia, libertad política, son conceptos emitidos en los mitos, en tanto que la vieja España sigue su carrera majestuosa por el pié-lago inmenso del vacío intelectual.

Hace algunos meses que Max Nordau, en una interview celebrada con un periodista español, dudaba de la florecencia del genio latino; en nosotros apenas si reconocía á Castelar, y para eso, lo colocaba en un grado inferior á Edmundo de Amicis; Galdós, Mennédez Peñayo, Echegaray, Pereda, Valera y Clarín, son para Max Nordau átomos intelectuales, pequeñas partículas de un genio localizado que jamás pasará la frontera.

Prescindamos de los pesimismos del filósofo que llama desequilibrado y loco á Gabriel de Annunzio, y volvamos á Renan, con ocasión de la reciente edición española de *Los Apóstoles*.

Renán, con ese olor á clériga que le echa en cara Nietzsche, es un espíritu sereno, un místico disfrazado de librepensador que tiene excesiva confianza en el porvenir religioso de los pueblos.

Sus obras, desde la más popular y que mayores odios ha despertado, *La vida de Jesús*, hasta la más poética, los estudios de la Edad Media, *El idilio monacal del siglo XIII*, tienen un perfume de castidad que fortalece, haciéndonos olvidar las miserias de la vida; justo observador de los hechos, dialéctico profundo y sabio escudriñador de memoriales antiguos; Renán rara vez se permite una observación sobre el porvenir, un arañazo á sus adversarios ó una deducción en la vida especulativa: siguió su carrera como el hombre que nada teme, sin importarle el estrépito de sus enemigos ni las burlas de sus detractores; y, sin embargo, este espíritu tan libre, tan sensato, tan poco irascible; que no siente el odio, al llegar de pasada al estudio del alma española reconoce que el mundo musulmán y España mueren porque la ortodoxia ha matado á la ciencia, y hemos realizado esta labor demasiado concienzudamente.

La armonía de la humanidad—dice Renán—resulta de la libre emisión de las notas más discordantes; cuando el racionalismo quiere gobernar el mundo, sin tener en cuenta las necesidades religiosas del alma, resulta la Revolución francesa; el instinto del arte sin honestidad convierte á la Italia del Renacimiento en una ladronera.

Morimos, según Renán, por falta de armonía; morimos ahogados intelectualmente por una ortodoxia que todavía engendra espíritus rutinarios y secos.

Ayer se quejaba *El Imparcial*, coincidiendo con nosotros, en un artículo sobre la cruzada nocedalista, del efecto de ciertas exageraciones cuando el terreno está abonado por el fanatismo, la rutina y la ignorancia: triste es confesarlo; Nuestras clases directoras viven todavía sometidas á la preocupación general; los más indiferentes se encogen de hombros, creyendo que así realizan un prodigio de indiferentismo, pero sin tocar la cuestión.

Un clero ignorante, superstitioso y avaro; un Parlamento mediocre, compuesto de exaltados como Blasco Ibañez, ó de místicos de la burguesía forense como Maura; una gran masa popular muy mal orientada, pervertida por lecturas inspidas y periódicos incendiarios, sin cultura, no pueden destruir por completo la tesis de Renan; claro está que el gran místico del libre examen exageraba nuestros males al afirmar en redondo que morimos por haber realizado concienzudamente nuestra labor ortodoxa.

Pero su observación merece ser meditada, cuando en el siglo XX todavía nos avasalla el fantasma negro, y hace oír su voz, como en la Edad Media, amenazando con castigos terribles, predicando la destrucción del mundo por el pecado, invocando á los altos poderes, con el mismo formulismo que se emplea para dirigirse á los poderes de la tierra, depositando memoriales en la estafeta del cielo y peticiones escritas en los cepillos de las iglesias, hay motivos para preguntar:—¿Será ésta la España de que hablaba Renan hace treinta años? ¿Seguiremos muriendo?

MANUEL ALTOLAGUIRRE.

Eleterno Cain

Pocos días hace di á mi espíritu el sosiego á mi cuerpo el regalo de un amanecer en pie en campo, sin testigo enojoso, en la grata soledad de mi compañía, lejos del «mundanal ruido».

El airecillo de la mañana, soplando con bienhechora frescura, oreó mis pulmones; la paz y el sosiego de aquellos lugares entonaron mi espíritu, y así, sano de cuerpo y de alma, hube de acogerme al amparo de unas umbrías, donde los nogales se comenzaban á despertar con el blando murmullo de sus hojas.

Claro y risueño el amanecer, y yo solo y á mis anchas, acomodéme lo mejor que pude en un ribazo para gozar más á mi sabor de aquel paisaje delicioso.—La ciudad engañosa se vela á los lejos, durmiendo en la molicie. El campo despertaba al sol, riendo y cantando, como un niño al levantarse. Y yo, como el triste profeta de las *Lamentaciones*, lloré mi juventud enferma, y en aquel respiro de libertad, maldije de la moderna Sión, de sus liviandades, de sus torpezas.—Las guerras de la ciudad se me representaron odiosas y crueles. Medité con detención sobre aquella manera de vivir, tan contraria á Dios y á los hombres, y vi forzosa la mentira, obligado el elogio, el engaño á sueldo, la virtud en alquiler y la honradez y la justicia por los suelos.

Torné los ojos á la dulce quietud de los campos; vi al sol, lleno de amor y de caridad, como se remontaba á lo más alto del cielo para que su lumbré llegara hasta los más ocultos rincones de la tierra. Noté que los pájaros, los árboles, las bestias—cada cual en proporción de sus necesidades—disfrutaban el generoso calor del padre del día. Y á mis anchas recordé aquellas estrofas del sin par latino, que comienzan:

Beatus ille qui procul negotiis...

Como de la mano, llevóme el poeta «almortal seguro.» De su paganismo engañoso no quedó huella en mi alma de soñador y de creyente; y elevando el corazón á Dios, gusté aquella emoción incomparable, aquel divino y apetecible desmayo que alienta en las páginas de la santa Doctrina, en los peregrinos anhelos de fray Luis y en los versos mágicos del *Cantar de los cantares*....

**

¿Qué hombre, á quien hayas dado la alegría de tu amistad, no te dejó cuando más lo necesitaba? ¿Qué mujer, á quien haya rendido el alma y la vida, no te desprecio, ó por tenerse ella en mucho, ó por tenerse á tí en poco? ¿Qué padre no ha llorado ingratitude de sus hijos? ¿Qué hijo no sintió los egotismos de su padre?

Ni hombre ni mujer te prestaron su calor en tus noches atribuladas. Nadie acudió á tí, á consolarte. Y si alguno se llegó al lecho donde sufrías, no fué para darte su calor, sino para agrandar más su alegría á costa de tu sufrir. Y si alguna mujer llegó á brindarte su ramo de flores, fué para adormilarte con su perfume y clavarte mejor las espinas punzadoras.

Cuantos lleguen á tí, harán lo mismo. Y tú ciego no ves el engaño. ¿Cómo te afanas, gastando la voluntad y la salud, por la amistad, que es humo; por el amor, que es viento, por la fortuna, que es loca?

«¡Pobre de aquel que corre y se dilata por cuanto son los climas y los mares, perseguidor del oro y de la plata!...»

Deja la ciudad para siempre; huye para siempre de sus guerras y de sus cuidados. Y ven, que el campo te llama con la regalada música de sus pájaros, la sombra de sus árboles, el rumor de sus acequias, la paz de su cielo y la caridad de su sol, que así calienta al águila, señora de las alturas, como al topillo soterrado en las huertas.

Ven al campo, que estas gentes de aquí, dichosas en su sencillez, no te moverán envidiosas guerras. Y te darán los gañanes, si te ven con hambre, la mitad de su pan cortijero. Y las mujeres campiñesas, si las sollicitas de amor, te darán su alma sin inventariarte dineros ni vestidos. Porque las unas y los otros piensan como el *Kempis*: «Ni eres más grande porque te ensalchen, ni más vil porque te desprecien; lo que eres, eso eres...»

Así pensaba yo y así discurría en el suplicio de Tántalo—puesto que, apenas gozada aquella paz campesina, ya la obligación me forzaba á emprender el regreso á la Corte—cuando llegó á mis oídos una voz de hombre, recia y juvenil, que cantó esta copla:

«Permita Dios de los cielos que estés mendigando el pan, y, al llevártelo á la boca, no lo puedas ni tragar.»

—Hombre de la ciudad es este, puesto que viene en son de guerra—me dije cuando acabó. Mas fué mi creencia equivocada, porque á poco